

San Josemaría y los jóvenes

ANDRÉS BOTELLA GIMÉNEZ

■ Han observado que el tiempo transcurre para todos, pero no lo hace con los mismos efectos, por igual? Es fácil comprobar que hay quienes, con el paso de los años y pese al desgaste físico, se muestran -cada vez- más jóvenes, animosos y alegres. Ante algo tan sorprendente, ¿nunca se han preguntado en qué pueda consistir y cuál pueda ser el secreto de su perenne juventud? Buen ejemplo de ello son los santos, entre los que se cuenta San Josemaría Escrivá. Por ello, me ha parecido tan oportuna la convocatoria, para los próximos días 19 y 20 del presente mes de noviembre y en el Centro de Convenciones del recinto de la Institución Ferial de Jaén, del V Simposio sobre ‘San Josemaría y los jóvenes’, con el lema ‘para hacer cosas grandes’, que parece especialmente acertado porque entre las características de toda auténtica juventud, encontramos siempre la grandeza de miras y la generosidad de la entrega. El propio San Josemaría escribió: ‘Eres calculador. - No me digas que eres joven. La juventud da todo lo que puede: se da ella misma sin tasa’ (Camino, 30).

La juventud no es propiamente una etapa incipiente de la vida, sino una escalada

de la entrega, a través de nuestra existencia diaria, hacia las cumbres del Amor. Por eso, a la vista de no pocos extravíos, se comprende bien esta exclamación: «¿No gritarías de buena gana a la juventud que bulle alrededor vuestro: ¡locos!, dejad esas cosas mundanas que achican el corazón...y muchas veces lo envilecen..., dejad eso y venid con nosotros tras el Amor?» (Camino, 790). Así se entiende que, dando lugar a una alegre carcajada de la comunidad, dijo San Josemaría a cierta religiosa de 88 años: «Los que estamos entregados a Nuestro Señor no somos viejos nunca, tenemos la juventud de Jesucristo: Iesus Christus heri et hodie, ipse et in saecula. Jesús siempre, ayer, hoy, cuando pasan los siglos, siempre es el mismo. ¡Joven! Joven es el amor...»

Uno de los primeros universitarios que araban los surcos en los que germinaba y se multiplicaba la semilla divina esparcida por el Fundador del Opus Dei, recordaba, tras muchos años de trabajo, que «el Opus Dei, cuando yo lo conocí en el verano de 1939, tenía como rasgo característico la juventud: eran jóvenes los hombres, y la Obra también era joven. Había transcurrido solamente una década desde su nacimiento...Aho-

ra, el Opus Dei sigue siendo joven, y lo será siempre...» (J. Orlandis, ‘Años de juventud en el Opus Dei’). No es necesario mirar muy lejos de nosotros para comprobar que otros jóvenes, desde estas mismas tierras de nuestro Jaén, han remplazado a aquellos primeros, continuando su labor en múltiples países de diversos continentes: desde Rusia o Polonia, hasta Kenia o Singapur.

«Es lícito afirmar –escribía Orlandis– que en el Opus Dei se ha renovado la parábola evangélica de la mostaza...» Sí, una pequeña semilla, dentro de la Iglesia y a su servicio, que da crecientes frutos de esa juventud de espíritu que nace de Cristo para el bien de las almas: entre ellas, la tuya, la mía y la de quienes estén dispuestos a beneficiarse de los medios de formación que la Obra de Dios les ofrece, fueren o no a pertenecer a la misma, según ese respeto admirable expresado por su Fundador hacia la libertad y vocación de cada cual, cuando escribía: «Me gusta ese lema ‘cada caminante siga su camino’, el que Dios le ha marcado, con fidelidad, con amor, aunque cueste» (Surco, 231). Desde toda esta perspectiva, la idea de convocar el simposio parece no sólo atrayente, sino prometedora.